

BRANDON Q. MORRIS

NACIÓN DE MARTE

HARD SCIENCE FICTION

PARTE 2



Una mujer a la que daban por muerta se abre paso con esfuerzo por los hostiles desiertos de Marte. Con su ayuda, los astronautas de la NASA abandonados en el Planeta Rojo esperan poder solucionar el peor de sus problemas.

Pero sus esperanzas quedan destruidas cuando un enemigo inesperado surge y amenaza con destruir todo lo que el resto de la humanidad ha construido en el planeta. Necesitan un milagro... o un fantasma del pasado cuyas verdaderas intenciones les son desconocidas.

Nación de Marte 2 continúa la historia de los últimos representantes de la Tierra, los cuales han encontrado asilo en nuestro planeta vecino con la esperanza de construir un futuro en este mundo alienígena.

Nación de Marte, Parte 2



Sol 63, Superficie de Marte

Ewa se quedó mirando el cielo. La visibilidad resultaba deficiente aquella tarde, aunque todavía era temprano, y, en algún lugar allí arriba, debería poder ver una especie de punto más pálido tras el cual se ocultaba el sol. «¿Está ahí, o solo estoy siendo víctima de una ilusión óptica?», se preguntó. Necesitaba la posición del sol para orientarse. Había decidido dirigirse hacia el sur.

Pero, de verdad, ¿importaba siquiera? Iba a morir ahí fuera y se lo merecía. Las pruebas eran claras. Había saboteado la misión desde el principio. Era una sensación extraña admitirlo, ya que no lo había hecho de un modo consciente. Siempre había querido que la misión Marte para Todos fuera un éxito. Había hecho todo lo que estaba en su poder para conseguirlo. Esos eran los momentos que perduraban en su memoria: el *shock* que había sentido por las cinco personas que habían muerto en el módulo de mando; sus febriles esfuerzos con Theo, quien había trabajado frenéticamente para desenganchar las secciones de la nave; la lucha contra los de la NASA por los recursos que MpT necesitaba; el desconcierto provocado por el accidente de Andy. Todo eso había sido real. Tenía que serlo por el dolor que aún sentía en su corazón.

Y luego también estaban aquellas otras imágenes. Las que pasaban por su mente como una especie de película muda. Tenían algo de sonido, pero las imágenes carecían de los sentimientos asociados a los recuerdos reales. Eran como escenas de una pesadilla que siempre había creído que no era más que un sueño. Observaba cómo una extraña manipulaba el sistema de *software* y preparaba la escena para los «accidentes» que finalmente llevarían al fracaso de su misión. Experimentaba un sabor metálico en su boca cada vez que pensaba en esas escenas.

Ewa se sentía incapaz de aceptarlas como recuerdos, aún cuando era obvio que lo eran. Después de todo, ¿qué son los recuerdos sino imágenes conservadas por nuestras mentes? ¿Era la culpa lo que evitaba que aceptara esas escenas como auténticas y lo que hacía que sintiera como si la persona en esas imágenes no fuera ella en realidad? ¡Pero ella no era una asesina! Y aún así, las pruebas recogidas por Theo y Andy, así como su propia memoria, apuntaban sin lugar a dudas en esa dirección. Las escenas que estaba conjurando encajaban demasiado bien con las pruebas como para que ella las descartara como producto de una mente enferma.

Gabriella, la doctora, tenía la teoría de que podía ser esquizofrénica. La enfermedad sería una agradable racionalización de su comportamiento. Pero aunque fuera esquizofrénica de verdad, las pruebas la perturbaban. Ahora sabía de lo que era capaz. ¿Cómo podían evitar los demás que volviera a matar en el futuro? Tendrían que encerrarla entre rejas como a un animal. Todo se habría reducido a un auténtico desperdicio de recursos.

Ewa les agradecía el que hubieran votado a favor de su destierro. Era un alivio que los hubiera convencido. Ganarse a la gente para que se pusiera de su lado siempre había sido uno de sus puntos fuertes. Pero ya no podría utilizarlo más porque, ahora, se encontraba sola.

Ewa volvió a estudiar el punto en el cielo. Aún seguía en la misma posición, así que tenía que ser el sol. Consultó su reloj. Ahora sabía en qué dirección estaba el sur. Se puso en marcha hacia el horizonte, el cual contrastaba enormemente con la rojiza superficie de Marte. Caminaría todo lo que le fuera posible. Eso era lo único que podía hacer.



22/5/2042, Pismo Beach,
California

—¿En qué puedo ayudarte, muchacho?

El anciano que estaba al otro lado del mostrador del Scorpion Bay Café le sonrió, aunque no le conocía. ¿No debería, al menos, esperar a ver si el recién llegado sacaba una pistola del bolsillo para vaciar la caja registradora de la cafetería? No habría testigos si lo hiciera. Rick miró a su alrededor, comprobando también el techo, como si de verdad planeara atracar la cafetería. No, la cámara de vigilancia sería suficiente testigo. Pero seguía sin ser una razón para sentirse tan seguro.

—Yo... me gustaría tomar una taza de café. No, mejor un capuchino —dijo.

—¿Tueste ligero u oscuro?

«¿Cómo voy a saberlo? Pero oscuro suena bien», pensó para sí Rick. Este asintió, pero entonces se le dio cuenta de que aquel hombre no podía leer sus pensamientos.

—Oscuro, por favor.

Tenía que recuperar la compostura. Si no mantenía sus nervios a raya, la gente que se hallaba en el local le recordaría. No quería que eso sucediera. Era un extraño cuyo rostro se desvanecería de la memoria de todo el mundo.

Para estar seguro, se había alojado en un hotel barato que no exigía que presentara ninguna identificación.

—¿Algo más? Las magdalenas son frescas.

«Ventas adicionales», decidió Rick. El empleado intentaba aumentar el importe a pagar al venderle cosas que encajaban bien con su consumición. Era probable que el negocio no fuera demasiado bien en esa época. Aquel anciano tenía aspecto de haberse pasado los últimos cincuenta años de pie tras ese mostrador, e incluso podría haber nacido allí. Su piel era pálida, una cualidad inusual para un residente de la soleada costa central de California. No obstante, eso bien podría deberse a que el negocio permaneciera abierto todos los días y que el dueño no pudiera permitirse el contratar algún empleado. ¿No podía pintar la fachada de un color más agradable? La única razón por la que el marrón oscuro le había animado a entrar era porque tenía una sombría tarea por delante.

Esa no era la primera vez que se sentía culpable por pensar demasiado. Rick no estaba allí para solucionar los problemas de los demás. Estaba allí por sus propias dificultades unidas a la posición que se le debía, la que Robert, el viejo pelota, intentaba arrebatarle de las manos.

—¿Y bien? —preguntó el anciano. Aún no había abandonado la esperanza de conseguir que su cliente pidiera algo más.

—No —respondió Rick, y al instante se molestó consigo mismo. «Mierda. Eso ha sonado demasiado desagradable».

El hombre iba a recordar su rostro. Necesitaba ser más cuidadoso, aunque probablemente sería irrelevante por completo que el anciano le recordara o no. Nadie iba a preguntarle. Después de todo, no era como si estuviera planeando asesinar a nadie. Rick mantuvo sus dedos cerrados alrededor de la navaja que portaba en su bolsillo.

—Tres con ochenta y nueve —dijo el anciano malhumorado. Rick no se lo tuvo en cuenta. Él tampoco habría desperdiciado una sonrisa con un cliente como él.

—Quédese el cambio —respondió Rick al tenderle al hombre un billete de cinco dólares.

Recogiendo su taza del mostrador, Rick salió de la cafetería. Dos pequeñas mesas redondas, cada una de ellas con dos sillas de hierro forjado, estaban delante del escaparate. Los cuatro asientos estaban libres. Rick se sentó, dándole la espalda al escaparate, y observó los coches pasar despacio. En algún lugar calle abajo tenía que haber una señal de límite de velocidad. De otro modo, los vehículos no irían a quince kilómetros por hora. El sonido más fuerte que producían lo generaban los neumáticos al rozar por el irregular pavimento. Sus motores eléctricos eran prácticamente silenciosos.

Rick consultó su reloj. Era de la vieja escuela, con sus agujas y mecanismo visible. De vez en cuando adelantaba o atrasaba, pero aún así le gustaba. El reloj indicaba que eran las seis y veinte de la mañana. Eso significaba que aún le quedaban otros treinta minutos.

Robert vivía justo al girar la esquina. Si veía a Rick allí sentado con su café, se preguntaría qué estaba pasando. Pero Robert no le vería. Rick había comprobado su rutina diaria. Robert se levantaba alrededor de las siete, salía a correr durante veinte minutos, se tomaba una taza de café solo, y luego conducía al trabajo. ¡Y hacía eso todos los días! La consistencia de Robert aumentó el respeto que le tenía Rick, pero eso no cambiaba el hecho de que era un rival, el único competidor real de Rick.

El capuchino estaba bueno. En realidad, era una lástima que el anciano no tuviera más clientes. Necesitaría que corrieran la voz de que servía un café económico y del bueno. Sin embargo, él no iba a compartir esa noticia porque ninguno de sus conocidos debía saber dónde había tomado el café ese día. Metió la mano en el bolsillo con disimulo. La navaja seguía allí, al igual que el alambre y la bolsa con su blando contenido.

Un coche de policía se acercó desde la izquierda. Rick sintió que se le aceleraban las pulsaciones. Tenía que mantener la calma. Los agentes ignoraban el porqué estaba en ese sitio. No había razón para que le registraran, pero aún así era consciente de que no acabaría bien si lo hicieran. Como era de esperar, el coche pasó de largo con sus luces de emergencia apagadas sobre su techo, igual de despacio que los demás vehículos.

Era la hora. Rick se levantó y dejó su taza medio llena de café sobre la mesa. «¿Medio llena o medio vacía?», se preguntó. Él era de los que lo veían todo medio lleno. Caminó una manzana hacia el sur antes de girar a la izquierda. Llegó a un bloque de apartamentos que estaba una manzana más adelante. Eran adosados de dos plantas que habían sido construidos encima de un aparcamiento abierto. La gente podía mirar dentro del aparcamiento desde la parte delantera, pero era un riesgo que tendría que asumir.

Rick bajó despreocupadamente por la rampa de entrada al garaje. El coche de Robert se hallaba aparcado en la fila trasera. Al menos estaría parcialmente oculto por los vehículos de delante. Rick había pasado mucho tiempo practicando lo que venía a continuación. Incluso había alquilado el mismo modelo de coche para asegurarse de que su plan funcionaría sin problemas. Se acercó a la puerta del copiloto y metió el bucle de cable entre la ventanilla y el panel exterior.

Un tirón y el mecanismo de cierre de la puerta chasqueó. Rick se sintió victorioso, pero mantuvo el ánimo contenido. Se puso los guantes y abrió la puerta. Una pequeña muñeca de trapo estaba tirada sobre el asiento del copiloto y la empujó a un lado. Se sentó en el asiento y cerró la puerta. Entonces usó la navaja para rajar el tejido interior de la sección frontal inferior de la puerta. Ahora había un pequeño agujero en el material, solo visible desde el espacio para las piernas del copiloto.

Rick sacó un pañuelo y lo usó para extraer la blanda y plana bolsa de su bolsillo. Era el elemento más caro de su plan, así como el factor que había permanecido en situación inestable durante muchísimo tiempo. ¿Dónde adquirirían los ciudadanos respetables grandes cantidades de heroína? Y tenía que ser heroína para que todo funcionara, ya que en California consideraban que las drogas menos dañinas eran, bueno, menos dañinas. Rick suspiró. No le gustaba lo que estaba a punto de hacer. No deseaba infligir daño a nadie. Pero era necesario. Rick metió con cuidado la bolsa en la abertura que nadie excepto él mismo sabía que existía.

Todo fue bien. Rick miró por la ventanilla trasera, pero él era la única persona que había en el garaje. Salió del coche y cerró la puerta con cuidado sin permitir que cerrara del todo. Al hacerlo, el sonido de alguien silbando llegó a sus oídos. Conocía ese sonido. Era Robert. Rick se escondió a toda prisa detrás de otro vehículo. Su corazón latía ruidosamente. ¿Cómo Robert no lograba oírlo? ¿Qué pasaba con la creciente sospecha que caía sobre las inminentes víctimas en las películas cada vez que un criminal acechaba tras ellos? Rick siempre había supuesto que todo eso eran tonterías. Nadie podía sentir el aura de otra persona. Al menos, por suerte para él, Robert no podía hacerlo.

Por su silbido, estaba claro que Robert se acercaba despreocupado hacia su coche y abría la puerta del copiloto, la cual no estaba del todo cerrada.

—Santo cielo, Mary —murmuró antes de cerrar la puerta de un portazo y volver a salir del garaje igual de tranquilo que antes. Probablemente había dejado algo en el coche, o había cogido algo de su interior, y ahora sospechaba que su mujer no había cerrado bien la puerta del copiloto.

Rick esperó cinco minutos y luego se marchó a zancadas. Su coche estaba aparcado dos calles más allá. Llegó a él y se sentó dentro. Entonces abrió la guantera, sacó un teléfono recién comprado, y marcó 911.

Proporcionó el número de matrícula del coche y añadió la información clave.

—Encontrarán un gran alijo de heroína en el treinta y cinco de la calle Pierce en Pismo Beach.

Colgó y se marchó, pero entonces frenó con brusquedad junto a un contenedor de basura. Había considerado entregarle el teléfono a un sintecho, aunque en ese caso el vagabundo le recordaría. Así que decidió tirarlo a la basura. De repente, le dominó el pánico al darse cuenta de que se le había olvidado comprobar la calle para asegurarse de que nadie hubiera visto lo que estaba haciendo.

Vaciló y miró alrededor. Una regordeta indigente empujaba un carrito de la compra completamente lleno... ¿habría visto algo? Parecía dirigirse hacia el contenedor. Tendría que matarla. La idea le pasó por la mente, sin embargo, la rechazó. La mujer no le había visto bien. Probablemente ni siquiera estuviera sobria y no sería una testigo fiable en ese estado. Aceleró y condujo hacia Lompoc, donde su grupo de investigación estaba reunido para hablar. Si todo iba según lo planeado, Robert no acudiría ni ese día ni en las próximas semanas. Y entonces sería demasiado tarde... él ya estaría de camino a Marte con el billete de Robert.



Sol 64, Superficie de Marte

Ewa se despegó de su tienda. No fue tan sencillo porque ya le había sacado todo el aire y llevaba puesto su voluminoso traje de MpT. Pasar la noche en ropa interior había sido un lujo que no podría permitirse de nuevo en un futuro inmediato. Había consumido demasiado oxígeno al hacerlo, y ese era el recurso que probablemente se le agotaría primero. Era obvio que iba a morir allí, en Marte. Su suministro de aire duraría otra semana, mientras que el agua podría estirarse durante el doble de tiempo si continuaba reciclando los fluidos de un modo óptimo como lo estaba haciendo ahora. No había necesidad de que se privara de comida. Estaría muerta dentro de diez soles, de un modo u otro.

Sin embargo, no tenía intención de sentarse y esperar hasta morir. Había considerado esa opción un par de veces. Todo lo que tenía que hacer era apagar el oxígeno. Al cabo de unos minutos se asfixiaría; no era una muerte bonita, pero sería rápida. Podría ahorrarse mucho dolor de ese modo. La angustia ya había empezado. La piel en las articulaciones de brazos y piernas ya se rozaba con el traje espacial hasta quedar en carne viva. Se había aplicado loción en esas zonas dentro de la tienda, pero tendría que dormir

con el traje esa noche. Ewa no tenía opción; debía luchar aún cuando el resultado ya hubiera sido predeterminado hacía mucho tiempo.

Levantó la vista al cielo. La visibilidad era mejor ese día. Incluso podía distinguir la luna marciana Fobos. Ewa comprobó las tablas en su aparato universal. Orientarse resultaba mucho más fácil ahora que podía realizar cálculos a partir del sol y la pequeña luna. Ewa miró fijamente hacia el sur, la dirección en la que estaba la base de la NASA. En el horizonte notó una colina con una extraña forma. No encajaba con el entorno. Podría haber sido creada por la caída de un meteorito. Decidió dirigirse en aquella dirección para comprobarlo.



Se detuvo tras caminar tres minutos. Ewa se sentía confusa por lo que había pasado. Algo había hecho que dejara de moverse. Bajó la mirada y levantó su pie derecho. Este obedeció su deseo. Luego probó con el izquierdo. También funcionaba de un modo normal. Volvió a ponerse en marcha... y, una vez más, se detuvo en seco. ¿Qué pasaba? ¿Acababa de experimentar un ataque de esquizofrenia? Ewa respiró hondo y soltó el aire. Rodeó con ambas manos su pierna derecha y tiró de ella hacia delante. Diez centímetros, eso era suficiente. Repitió el proceso con su pierna izquierda. Ewa se alegró de que nadie pudiera verla, pero lo que estaba haciendo funcionaba. Avanzaba, aunque con bastante lentitud. Pero entonces sus piernas comenzaron a funcionar de nuevo y de repente.

Ewa se sintió aliviada. Volvió a fijar como objetivo la colina y se puso en marcha hacia el oeste. El terreno era arenoso e iba dejando un profundo rastro tras ella. Los tirantes de la mochila se clavaban en sus hombros. Le dolían las articulaciones. La colina se desvaneció de repente y Ewa dejó

de caminar. El corazón le latía con mucha rapidez. «¿Qué le ha pasado al horizonte?», se preguntó. Giró en redondo. Ahí volvía a estar la colina, detrás de ella. ¿Cómo podía ser? Ewa examinó su entorno. Un rastro de pisadas humanas llevaba hacia la colina y, junto a ellas, una segunda fila hacia donde ella estaba ahora. Ella era la única persona que se hallaba allí. De algún modo, debía haber vuelto sobre sus pasos sin darse cuenta de ello. ¿Qué significaba? ¿Estaba algo, su propio cuerpo o incluso su mente, gastándole una jugarreta?

Ewa tiró su mochila al suelo y se dejó caer sobre ella. ¿Quién estaba al mando allí? ¡Ella! No permitiría que aquello la desequilibrara. Ella decidiría en qué dirección ir.

Su brazo se sacudió de repente. Su mano derecha comenzó a moverse de un lado al otro delante de su casco como si intentara llamar su atención. Ewa intentó controlar sus músculos, pero no tuvo éxito. ¿Qué quería su mano? Sintió una sacudida de pánico recorrerle el cuerpo. Tenía que recuperar el control sin importar cómo. Con la mano izquierda rebuscó en busca de una herramienta. ¡Podía cortarse la mano derecha! ¡No! Eso implicaría cortar el traje, lo cual significaría su muerte instantánea.

Se agachó hasta que su brazo estuvo al alcance de la superficie de Marte. Lo extendió en toda su longitud, con su dedo índice señalando hacia delante. Su propia mano comenzó a trazar dibujos en la arena. No, no era un dibujo. Estaba formando letras. ¡Su mano quería comunicarse con ella! Ahora sí que había perdido por completo la cabeza. Ewa tuvo que reírse. Estaba agachada sobre el desierto de Marte y escribía letras en la arena. Probablemente despertaría poco después a bordo de la Santa María y todo esto resultaría no ser más que una horrible pesadilla.

Las palabras «Ve al oeste» aparecieron en la arena, escritas en inglés. Si su propio subconsciente intentaba comunicarse con ella, ¿por qué no lo hacía en polaco? ¿No tendría más sentido? Después de todo, ella formulaba sus